

CAPÍTULO 4

EL FACTOR HUMANO

El mercado no destruye al inversionista. Lo hace la forma en que el inversionista se enfrenta a él.

Después de comprender que la volatilidad y la incertidumbre forman parte de la naturaleza del mercado, surge inevitablemente una nueva pregunta.

Si el problema ya no está en el mercado... ¿dónde está entonces?

La respuesta muchas veces está en nosotros mismos. Una de las mayores dificultades del manejo de un capital consiste en que el mercado rara vez pone únicamente a prueba nuestros conocimientos técnicos.

Con el tiempo descubrimos que también pone a prueba algo mucho más profundo: **nuestra manera de tomar decisiones en un entorno de incertidumbre.**

El mercado no sólo revela cuánto sabemos sobre acciones, indicadores o tendencias. Revela también cómo respondemos al miedo, a la frustración, a la espera, a la pérdida, a la ansiedad y a esa permanente tendencia humana de tener siempre la razón.

Al comenzar, muchos inversionistas creen que el éxito depende simplemente de aprender mejores técnicas de análisis o desarrollar estrategias más sofisticadas.

Sin embargo, mientras más tiempo permanecen expuestos al comportamiento real del mercado, más evidente comienza a hacerse una verdad incómoda:

Gran parte de los errores no son por falta de información, sino que nacen de nuestra dificultad para convivir con la incertidumbre.

Reconocer esto marca una diferencia enorme. Porque el mercado posee una extraordinaria capacidad para amplificar nuestras emociones.

Cuando los precios suben, la confianza suele crecer más rápido que la prudencia. Cuando bajan, el miedo muchas veces termina siendo más fuerte que el método.

La ansiedad impulsa a intervenir continuamente las posiciones, a sobreinterpretar movimientos irrelevantes o a abandonar las reglas que nosotros mismos nos habíamos fijado, buscando un alivio emocional inmediato.

Poco a poco el inversionista descubre que el verdadero deterioro del capital rara vez ocurre de manera repentina. Comienza mucho antes. En pequeñas fracturas de disciplina, de paciencia y de coherencia.

El mercado no destruye únicamente capital financiero. También desgasta la estructura emocional de quien necesita tener siempre la razón, controlar lo incontrolable o evitar cualquier fluctuación adversa.

Es precisamente aquí donde el mercado comienza a transformarse en un espejo. Cada período de espera pone a prueba nuestra paciencia. Cada pérdida cuestiona nuestra confianza.

Y el inversionista descubre que muchas veces no está reaccionando frente al mercado. Está reaccionando frente a las emociones que el mercado despierta dentro de él.

El mercado no sólo revela cómo se comporta. Revela, sobre todo, cómo nos comportamos nosotros cuando la incertidumbre pone a prueba nuestras decisiones.

Cuando este concepto finalmente se comprende, cambia también la forma de administrar el capital.

La atención deja de concentrarse exclusivamente en el comportamiento externo del mercado y comienza a desplazarse hacia la estabilidad del propio sistema que hemos definido y de quien lo administra.

El problema deja de ser simplemente cómo ganar más dinero. Comienza a transformarse en cómo impedir que las emociones destruyan continuamente la coherencia del capital.

Desde esta perspectiva, la disciplina deja de entenderse como una forma rígida de control. Se convierte en un mecanismo de protección frente a la inestabilidad emocional que todos experimentamos.

El objetivo ya no consiste en reaccionar perfectamente frente a cada movimiento del mercado. Consiste en construir una estructura suficientemente sólida para impedir que emociones pasajeras deterioren decisiones que deberían responder a una lógica probabilística mucho más amplia.

Es precisamente aquí donde comienza a hacerse evidente la necesidad de una forma distinta de administrar el capital.

Una estructura capaz de reducir el impacto de las emociones, mantener la coherencia de las decisiones y permitir que el capital continúe evolucionando aun cuando el mercado atraviere períodos de fuerte incertidumbre o uno mismo cometa algún error.

Ésa será, precisamente, la razón de ser del Modelo Entrópico de Inversión.

Con el tiempo, el inversionista descubre que la verdadera estabilidad no proviene únicamente del comportamiento del mercado ni del resultado de una posición individual del portafolio.

La verdadera estabilidad proviene de construir una estructura suficientemente resistente para impedir que el desgaste emocional destruya la continuidad del sistema.

Porque, al final, el mercado rara vez derrota primero al capital. Casi siempre derrota primero a la persona que intenta administrarlo.

Y sólo cuando el inversionista aprende a gobernarse a sí mismo... el capital comienza realmente a desplegar todo su potencial.

□ LA IDEA QUE IMPORTA

El mayor riesgo del inversionista no siempre proviene del mercado.

Con mucha frecuencia nace de sus propias reacciones frente a la incertidumbre. La ansiedad, el miedo, la euforia y la necesidad de tener razón deterioran lentamente la disciplina y terminan afectando la calidad de las decisiones.

La verdadera fortaleza de un **modelo de inversión** consiste en proteger al capital... pero también en proteger al inversionista de sí mismo.

□ LA PREGUNTA QUE SIGUE

Si aceptamos que nuestras emociones condicionan muchas de nuestras decisiones **¿por qué insistimos en que seremos capaces de controlar un mercado cuya naturaleza es, precisamente, la incertidumbre?**

La respuesta no se encuentra en nuevos indicadores ni en modelos de predicción más sofisticados. Se encuentra mucho más cerca de nosotros. Está, sobre todo, en nuestra propia manera de pensar.

Porque, antes de aprender a administrar un capital, debemos reconocer los límites de **nuestra capacidad para controlar un sistema** que, por naturaleza, nunca dejará de sorprendernos.

Ése será nuestro siguiente descubrimiento: **La ilusión del control.**

